

acreditados que sostienen dignamente el prestigio de España en el extranjero.

Aquel error fatal de nuestros políticos, causa de la actual desorientación nacional, de creer que al cerrar bajo siete llaves el sepulcro del Cid, habían cerrado para siempre la férrea y antigua voluntad castellana, ha sido deshecho por nuestros poetas; y hoy, en sus estrofas resucita la sombra heroica del héroe legendario, y cabalga de nuevo triunfalmente, entre un bosque de escudos y de lanzas, al compás sonoro y bélico de nuestro inmortal Romancero. ¡Que no en balde el Mío Cid Rodrigo Díaz de Vivar, encarnación verdadera y única del espíritu de nuestra raza, ganó batallas aun después de muerto!

La gran fuerza nacional duerme aún en el corazón de las multitudes, esperando como Lázaro, la voz vivificadora que le diga:

— ¡Levántate y anda!

Esta voz milagrosa sólo puede brotar de los labios de un poeta, que no en vano la poesía ha

sido siempre el lenguaje con que Dios ha hablado á los hombres.

Tenemos el deber de hacer patria. Y nuestro arte debe hundirse en el subsuelo de las tierras de España, para arraigar en él como una selva fabulosa y centenaria, y prestar sombra y armas á todas las violentas aspiraciones de la raza.

¡Descended, poetas, á la gran planicie, y encended con vuestro verbo de fuego en cada corazón una lámpara de oro al porvenir!

¡Infiltrad en el viejo organismo nacional, antes de que se descomponga, todo el ardor y el entusiasmo de vuestra sangre juvenil; y á la baja y villana imposición de que hay que «europeizarnos», responded orgullosamente con toda la energía indomable de nuestra stirpe, con esta fiera y férrea afirmación: «Hay que españolizar el mundo».

Y el milagro se hará; pues si no poseéis la fuerza material que asola reinos y arrasa tierras, esgrimís, en cambio, las armas invencibles del espíritu para rendir pueblos y subyugar naciones. Y á



la luz verdadera de la historia, es más grande y ostenta más épicos perfiles el busto aquilino de Cervantes, que la figura acerbamente bélica de Hernán Cortés, pues si éste conquistó un nuevo mundo, la péñola inmortal del egregio manco de Lepanto ha hecho más aún: conservó y ensanchó las conquistas gloriosas de la espada.

Hijos de España, si os enorgullecéis con sus glorias pretéritas y soñáis con las futuras horas de triunfo, amad la Poesía sobre todas las cosas, pues ella será el heraldo que os anuncie las próximas victorias y os rememore los viejos fastos históricos!

¡Vosotros, hombres encanecidos en el esfuerzo constante y en la fatiga ineludible de las luchas públicas, ó en el silencio lleno de promesas de los laboratorios y de los estudios, donde fermenta el porvenir, cuando os sintáis exhaustos y atormentados de súbitas nostalgias, inclináos como peregrinos sedientos, á refrescar la aridez de vuestros labios, en el sereno manantial de la poesía,

que brota, como las fuentes clásicas, entre la hendidura de dos rocas, á la sombra virgiliana de los rosales y de los mirtos florecidos; y en su corriente encontraréis, no solamente el agua fresca que calma toda la sed del espíritu, sino también aquella otra milagrosa que purifica y que consuela. No olvidar que la ciencia sin la poesía sería como una ciega sin lazarillo, como la sombra trágica de Edipo sin la mano consoladora y dirigente de Antígona!

¡Divinas mujeres que sentís el corazón abrirse como una flor á la esperanza, ó deshojarse bajo los huracanes del otoño, adorad religiosamente á la santa poesía, porque la poesía es como la sombra del amor, y no pueden existir el uno sin la otra, como no existe la luz sin la llama, y el perfume sin la flor!

Amor y Poesía son los dos hijos gemelos de la Vida.

Y vosotros, jóvenes de alma pensativa y atenta, que en los umbrales del misterio, como en los



antiguos juegos paganos, estáis prontos y ávidos á encender vuestra antorcha; acercáos al fuego sagrado del espíritu de los grandes poetas, que arde perennemente, como las llamas de un viejo y santo lar, custodiado por las eternas vestales de la gloria, por esas divinas y humanas musas, que compendían en sí todas las alegrías y embriagueces de la tierra! Y celebrad con todo el entusiasmo frenético de vuestros corazones, el secreto sentido de esta fiesta, bajo la protección generosa de la noble ciudad de los nazaritas, bajo el divino encanto de nuestro cielo andaluz y en la augural ventura de esta noche de primavera!...

Primavera... Poesía... Granada... Tres voces sinónimas, aunque distintas, que huelen á jazmines, á rosas, á claveles, á cármenes floridos; y suenan como un desgranar de perlas y de surtidores en el silencio de un patio morisco; y brillan como chispas de diamantes, como esmeraldas húmedas de rocío, como centelleo de estrellas sobre albercas de cristales, como alburas de luna sobre

mármoles y alabastros, como encajes, y saben á dulzuras de besos y mieles de panales..

Primavera... Poesía... Granada... las tres personas de la Santísima Trinidad de la Vida.

¿Dónde mejor para una fiesta de poesía que en Granada y en una noche de primavera?

¡Granadinos, hermanos, cómo se ensancha el pecho y cómo se dilata el alma bajo el amparo de estos fuertes muros de piedra viva, á la sombra augusta de este palacio cesáreo, aún sin terminar, como si el esfuerzo y la voluntad se hubiesen rendido súbitamente ante la magnitud de esta empresa fabulosa de titanes!

Toda el alma dura y fanática, imperiosa y férrea de Castilla, vaga por este recinto, como una princesa encantada que esperase aún la arrogante majestad del César que detuvo la carrera del mundo bajo las zarpas de sus leones y aprisionó al sol, como un cautivo, en el castillo heráldico de su escudo.

¿Qué generación heroica, consciente de su ver-



dadera misión, terminará el insigne fasto de esta fábrica, renovando la gesta épica de gloria y de dominio, miserablemente interrumpida en tres siglos de pasividad y barbarie, y coronando de nuevo esas columnas con el símbolo dominador y rampante de las voraces águilas imperiales?

Ved esos viejos bajo-relieves que un artista de recia musculatura y manos de hierro, esculpió violentamente, como á los golpes de un hacha de guerra, sobre la piedra dura, obedeciendo al ritmo violento de su alma brava, como si tallase en ellos la epopeya gloriosa de su vida. Son escenas de lucha y de sangre, de temeridad y violencia.

Estudiad en ellas. Los que lleguéis á descifrar esos geroglíficos, os sentiréis orgullosos como nunca de llevar, ardiendo, en vuestras venas la sangre llameante de España.

¡Con qué fervor religioso se aspira esta atmósfera de voluptuosidad, de fasto, de grandeza que se desborda de los jardines misteriosos y de las

estancias encantadas de esa Alhambra maravillosa!... De esa Alhambra ¡oh, granadinos! que debéis conservar con el celo fanático con que se conserva el honor de una madre, de esa Alhambra de fábula oriental, que vale por sí — y por lo que representa en nuestra historia — más que todas las ciudades modernas; y cuyas piedras os deben ser tan sagradas como las reliquias de vuestros santos y las cenizas de vuestros muertos!

La melodía eterna y lauda del agua resuena por todas partes; filtrándose en nuestra carne, como se filtra por los muros bermejos de sus murallas; corriendo por nuestras venas, como corre por las arterias ocultas de esa sierra; envolviéndonos en su frescura, perfumándonos de un no sé qué misterioso y lejano... ¿No os parece á veces, la guzla de un trovador que desfallece de voluptuosidad bajo el mármol de los ajimeces encantados de luna?...

Y ese canto de ruiseñor que se desgrana en el silencio de los altos cipreses, ¿no os recuerda —



¡oh, granadinos! — el canto dulce y embrujado, de amor y de fe, del último cantor de nuestra raza, de aquel enamorado eterno de Granada, que para recreo y atavío de su ciudad favorita, levantó sobre la Alhambra, de mármoles y oro, de los nazaritas, otra Alhambra inmortal de rimas, de pedrería y estrofas de diamantes, y que ha hecho que se oscurezca la gloria de Alhamar, ante la magnificencia de Zorrilla?

Una aspiración ardiente y continua inclina al genio de nuestra raza hacia la Ciudad Madre de la Poesía y de la Belleza, de los palacios aéreos, de los pensamientos armoniosos y de los héroes caballerescos. Un deseo infinito vuelve nuestra alma como el soplo del viento vuelve el resplandor de una antorcha, hacia este verdadero paraíso donde parece haberse refugiado la única y suprema felicidad.

Y nuestro corazón al abandonarte, al verte — ¡oh, Granada! — por última vez, desaparecer como la visión más espléndida de un sueño oriental,

nuestro corazón, comprende toda la amargura de aquel rey tan noble, tan valeroso y tan injustamente tratado por la Historia, que suspiró y lloró al perderte para siempre. Sus lágrimas aún hacen florecer las más puras rosas del recuerdo en los áridos arenales del Africa, donde tu nombre es como una oración y como un suspiro.

Día llegará — ¡oh, Granada! — en que tus hijos de España y tus hijos de allende el mar, vuelvan á unirse, para no sólo conservar tus viejas glorias, sino para ataviarte con nuevas joyas imperecederas; y, entonces, el palacio y el alcázar, la sombra de Alhamar y la de Carlos V, serán una sola sombra inmortal que custodie el tesoro inmortal de tus grandezas.

Y de nuevo serás la señora del mundo; y tu brillo eclipsará al fasto de Roma y á la opulencia de Damasco. Un día — quizás mañana — le dirá un poeta á nn héroe la palabra de resurrección; y el poeta y el héroe se la repetirán á las gentes; y después de tanta desventura y de tanto heroísmo,



el calor de la nueva primavera humana correrá y hará florecer todas las tierras sagradas de España.

Entre tanto, ciudad divina, medita y trabaja, y custodia tus joyas y adiestra tus esfuerzos, mientras de los cuatro puntos del mundo, caen sobre ti los votos y los augurios de todos los poetas y rezan en tu nombre tus hijos desterrados.

Mas, entre tantos votos y entre tantas plegarias — oidme, granadinos, los hijos de la sultana coronada de nieve : — ninguno vencerá el fervor filial de aquel que debe al sol de vuestro cielo, y á la feracidad de vuestra tierra, la madurez de su espíritu, la plenitud de su vida y la conquista de su gloria.











